

MÁSCARAS SOCIALES.

Todo es farsa en este mundo.

* *

¿Os sonreís, bellísimas lectoras? Mejor, de esta manera, y mirándome en vuestros medio cerrados ojos, mis ideas tomarán un giro menos sombrío, y ¿quién sabe? tal vez concluya por reirme con vosotras de la gravedad de mi título.

Entre tanto, convengamos en que la sociedad, armada del terrible *qué dirán*, nos impone la *hipocresía* como una condicion precisa para gozar de sus pretendidas ventajás.

¿No admitís la palabra? Bien, sean *conveniencias sociales*, lo mismo da.

Lo cierto es que el asunto tiene dos consecuencias.

La primera que el vulgo, poco amigo de lo nuevo, porque teme lo desconocido, acepta aquella máscara y la establece como un principio del dogma social.

De paso os recordaré que el vulgo tambien pasea en carretela, gasta frac, y tiene abonado paleo principal.

La segunda consecuencia es con respecto á los que piensan, los cuales son pocos. Estos comprenden la miseria de aquel valor entendido, se rien del yugo que pretende imponerles la señora sociedad, y sin miedo al fantasma del ridículo, rompen por todo creándose un modo especial de vivir, que puede sin que les enoje apellidarse *escéntrico*.

Y *original*, y *raro*, y *estravagante*, convengo hablando en lenguaje corriente, pero no en el exacto. Oh, en el exacto no hallareis espresiones mas acomodadas para espresar aquel estado especial que las de *dignidad*, *aprecio de sí mismo*, *independencia moral*.

Y hé aquí la razon por qué cada cual discurre de las cosas segun le parece, y por qué el parecer se funda en razones mas ó menos aceptables.

Veamos si lo son las mias, aunque mejor dicho no son sino casos prácticos.

Soy casado (es una suposicion, no frunzais las cejas), mi mujer es una mujer virtuosa—ya conoceis que si no lo fuera no la llamaria *mia*,—y ademas de virtuosa es bastante linda, al menos á mí me lo parece, y en esto de pareceres respecto á ellas son respetables los

de los maridos. Enfrente de mi casa anida un pollo, que con aire de conquistador flecha sus quevedos á mi cara mitad, y hasta pretende establecer de balcon á balcon un telégrafo criminal.

Un amigo de casa le presenta una noche de reunion ó baile.

¿Y bien?

Yo me pongo la mascarilla, me sonrio con bondad, estrecho su mano, le ofrezco mi casa, le invito á volver, y hasta se lo ruego. Luego, si me exige permiso para bailar con mi mujer, lo doy con mil amores, le hago entender que me honra con su agasajo, y hasta intercedo para que mi cónyugue acceda á la demanda. Sirven el *buffet*, y le sirvo con la misma atencion que á mis antiguos conocidos; se marcha, y aun cuido de que le alumbren para que no se rompa la cabeza.

Esto diz que exigen la *educacion* y el *buen parecer*.

¿Qué se diria, si no, de un marido que, conociendo las necias pretensiones del mequetrefe, le dijera francamente y sin máscara:— «Amigo mio, conozco sus proyectos al presentarse en esta casa, y como no me hallo con la sangre fria necesaria para sufrirlo, le ruego que se vuelva por donde ha venido.»

Grosero, bárbaro, salvaje; no, hombre.

Vamos á otra.

Ayer, lo que no es muy comun en mí, he acertado un billete de la moderna; mi futura (ya soy soltero) me ha sonreido deliciosamente, con esas sonrisas que nos concedeis tan dulces y tan preciosas, que no parecen sino perlas caidas de entre los labios; he dormido bien, he almorzado mejor, y no me aprietan las botas. Es decir, que soy feliz, ó creo serlo; no es mucha la diferencia.

Suenan las doce, y el vibrante sonido del reloj me dice: «Ya es hora de ponerte la mascarilla.»

¡Es verdad!

No há muchos dias que falleció un vetusto americano, sin mas parientes que dos perillanes amigos mios, á quienes deja todas sus muchas y respetables peluconas.

Afuera mi levita diario, mi chaleco listado y mi pantalon perla, y venga el uniforme negro. Vistamos de luto.

Desprendamos tambien de mi semblante el aire de satisfaccion y de alegría, y pongámosle en armonía con mi traje.

¿Qué os parece?

¿Estoy bien así, con los ojos bajos, la frente mustia, la boca fruncida y el cabello algo descuidado? Si pudiera humedecer mis ojos, llorar..... esto seria de gran efecto.

«Muchos años, etc.

»No podemos consolarnos; ya ve V., el golpe ha sido tan ines-

perado, la pérdida tan grande, un sugeto tan bueno, etc., etc.

»Amigos míos, resignación. Dios, etc., etc., etc.

»Si pudiéramos volverle á la vida, y un millon de etc., etc.»

Pues bien, *farsa ridícula y degradante, pequeñez, miseria.*

No es *mas verdad* decir:

«Sea enhorabuena; por fin sois ricos, y os podreis divertir con la herencia de aquel pobre diablo tan avaro y tan egoísta.»

Y ellos responder:

«Gracias, querido; ya era tiempo de salir de la miseria. Por lo demás, siempre los mismos.»

¡Corazon de fiera, cinismo, impiedad! No; *verdad* y únicamente *verdad.*

Sigamos.

Murió mi mujer. ¿Qué tal? Ya soy viudo. Recibo una esquelita de convite para la comida de boda de un íntimo amigo mio. No es posible faltar, y aunque me han notificado la pérdida de un pleito, la silba de una pieza dramática y me duelen las muelas, no hay remedio, he de asistir á la boda. Me afeito y me corto, pero no importa, me acicalo, guante blanco y hácia la mansion donde himeneo... por el camino arreglo mi reloj con el de la ciudad, y mi semblante con el asunto á que me dirijo.

«Amigo mio, te doy la enhorabuena; tu esposa me parece un ángel, y deseo que seais tan felices como yo lo he sido.»

Gran mesa; cómo poco aunque rabio de hambre. Improviso y digo lindezas del matrimonio, de la novia y del jamon con vino. Todos admiran mi alegría, y hasta hay mamá que me llama *calavera.*

Y entendedlo.

Si me dejara llevar del espíritu que me agita, rompería platos, vasos, espejos, colgaduras; llamaría estúpidos á los hombres y necias á las mujeres. Diría al novio: «Imbécil, te crees feliz porque has renunciado á tu libertad y á tu porvenir, para entrar en el infierno de que yo me he libertado;» y á ella: «Os sonreís para enseñar los dientes; gozais por estar en evidencia como las muñecas en los escaparates; estais soñando con el lujo y los bailes; arrancaos esas blondas; la virtud no necesita adornos.»

Pero ¡Dios Santo! ¿y entonces?

Entonces gritarian: *¡desmoralización, grosería, maldad!*

No, no; *dolor, experiencia, cansancio, verdad.*

Dadme una copa, y dejad que mis lágrimas de hiel se mezelen con el licor: yo quiero beberlas; si cayeran sobre la tierra la emponzoñarían.

Por otro lado, el vino aguado dicen que ayuda á hacer una buena digestión. No me acuerdo en qué librote lo he leído, pero mal-

dito lo que me importa. Lo que verdaderamente me preocupa es vuestro silencio.

¿No hay aplauso? ¿Fruncís las cejas?

Ah, ya comprendo. Os cansa mi artículo, y teneis razon, porque yo tambien me aburro de escribirle.

Ea pues, buenas noches.

F. Danvila y C.

FLORES Y SUEÑOS.

Precioso ramo de galanas flores
Cogidas al nacer de la mañana
En búcaro de rica porcelana,
Ostentando hermosura nos da olores.

Los sueños de fantásticos primores
Son de la mente en nuestra edad temprana
Mágico talisman con que engalana
El porvenir de dichas y de amores.

Ruedan los dias: vase marchitando
Una tras otra flor, y el ramo queda
Sin perfumes ni pétalos risueños.....

¡Ay! ¿Quién habrá que hácia su ayer mirando
No tenga un corazon que decir pueda:
«¡Lo que á esas flores sucedió á mis sueños!»

Eduardo Atard.

PERO.....

I.

Elisa es una jóven vivaracha, de grandes ojos negros y de cabello castaño oscuro; su boca sonrie frecuentemente y sus labios se humedecen de continuo. En sus megillas frescas y rosadas como las flores al nacer el dia, se dibuja un bien cortado lunar, y en el centro de su redonda barba un gracioso hoyuelo. Es diminuta y delgada, pero flexible, ágil y elegante.

Pertenece á una familia distinguida, vive en el centro de la sociedad y ansiosa de gozar, busca el bullicio de las reuniones, entregándose á esa vida casi pública de nuestros dias. Aborrece la privada. Se fastidia en la soledad.

Ernesto es un jóven rubio, muy rubio, de ojos azules, pero de un azul diáfano; de grandes bigotes, de boca fruncida y de cabellos cortados á cercén.

Es teniente de infantería, es uno de esos hombres que gastan, he dicho mal, que derraman el dinero, porque se hacen la ilusion de que los placeres están en razon directa de lo que cuestan, uno de esos hombres impresionables que necesitan vivir en medio del ruido y del tumulto.

Conoció á Elisa y se enamoró de ella.

En cambio Elisa se enamoró de él y..... no se lo figuraba.

No se lo figuraba porque sus relaciones empezaron jugando y creia no interesar su corazon como hasta entonces le sucediera.

Pero se equivocó. Ni mas ni menos que Ernesto.

Los dos empezaron á quererse jugando, y jugando tambien concluyeron por quererse de veras.

Que el amor es uná partida de ajedrez en la que, sin cruzarse dinero, interesamos tanto nuestro amor propio, que nos avergüenza perder, y con todas nuestras fuerzas procuramos ganar.

La partida de amor de Ernesto y de Elisa habia quedado *tablas*. Ni uno ni otro habian ganado, pero tampoco habian perdido.

II.

Los dias volaban con rapidez para nuestros dos amantes. Juntos iban al teatro, juntos paseaban, juntos asistian á las reuniones; en una palabra, habian llegado á no poder vivir el uno sin el otro; cuando el destino, bajo la forma de un real despacho, se encargó de separar á nuestros dos héroes, que tan unidos vivian y que tanto se idolatraban.

El regimiento de Ernesto fue destinado á dar la guarnicion á Oviedo, y Ernesto tuvo que salir con él, abandonar á Madrid y ausentarse de Elisa, que era lo que mas sintió, pues la consideraba como á su segunda ordenanza.

Una y otra fueron las únicas cadenas que le sujetaron durante toda su vida.

No vivia mas que para la ordenanza y para el amor; y al separarle de este aborreció á aquella quizá por la primera vez.

Pero era militar. Debia indispensablemente obedecer.

Separáronse, pues, los dos amantes affigidísimos en extremo, prometiéndose escribirse todos los correos, jurándose amarse eternamente, etc., etc., etc.

III.

Elisa y Ernesto cumplan su palabra. Se escribian todos los correos.

Al principio abandonaron completamente la sociedad, viviendo en el retiro; pero poco á poco fueron aburriéndose de la soledad y frecuentando los paseos, los teatros y las tertulias, concluyendo por pasar separados la misma vida que antes pasaran juntos.

Pasó un año y otro, y tres y cuatro.

Y Elisa y Ernesto continuaban queriéndose por escrito.

Parecíanse á esos pertinaces ingleses celebérrimos partidarios de ajedrez, que juegan por cartas aunque estén distantes trescientas leguas el uno del otro.

Porque, como he dicho antes, el juego del amor tiene mucha analogía con el del ajedrez.

IV.

Ernesto conocia en Oviedo á una viuda, americana, hermosísima y millonaria. Y no solo la conocia, sino que la trataba, y tratándola adivinó muy pronto que estaba apasionada de él.

Él la temia, porque conocia á fondo su carácter.

No le faltaba razon. Nieves, que así se llamaba la americana, para conseguir el amor de Ernesto le tendia los siguientes anzuelos:

Dos millones.

Un amor impetuoso.

Y una belleza enérgica.

Pero hagamos justicia á nuestro héroe: un dia estuvo á punto de declararse en uno de los momentos en los que la americana le fascinaba, y cortó bruscamente la conversacion acordándose de Elisa.

Marchó á casa y escribió largamente á su amada.

—¡Seria una perfidia! se dijo: ¡engañar á un ángel!

Cuando concluyó la carta salió á echarla al correo.

En vez de llegar al buzón, tan fatigado estaba, que se quedó en una casa en la mitad del camino.

En casa Nieves la americana.

V.

Elisa conocia en Madrid á un jóven hermoso, *fashionable* y Marqués. Este Marqués *fashionable*, hermoso y jóven estaba enamorado de Elisa, y era una terrible tentacion para ella; porque era Marqués, porque era el príncipe del buen tono, porque era muy agraciado, y sobre todo porque sobre ella pesaba ya una ausencia de cuatro años, y la ausencia es un pero que corta bastantes veces la cláusula del amor.

Un dia que el Marqués, despues de declararse, le dijo que le contestase, estuvo Elisa á punto de decirle que sí..... pero le dijo que no. Le vino á la memoria Ernesto.

—¡Seria una perfidia! se dijo: engañar á un hombre tan constante!

Al dia siguiente, cuando vió al Marqués, le regaló un ramito de heliotropio.

VI.

Pasó otro año; y Elisa y Ernesto continuaban separados y escribiéndose.

Una ausencia tan larga iba lentamente estinguendo la llama de su amor.

Ernesto ascendió á capitán, y con tan plausible motivo convidó á sus amigos á apurar unas cuantas botellas.

Larga fue la broma, larga la bebida, y separáronse unos de otros llenos de esa alegría insólita que produce el licor.

La americana tenia reunion en su casa, y á casa de la americana fue Ernesto.

Cuando se despidió de Nieves estaba ya comprometido con ella.

Al respirar al aire libre se arrepintió y se dijo:

—¡Si yo no hubiera bebido!.... Pero ¿qué remedio?... Veremos si Elisa me da pie para reñir. ¡Seria una infamia abandonarla sin razon!

Cuando entro en su gabinete la escribió una carta de ocho páginas. Porque aun tenia amor á Elisa; á Nieves le tenia ambicion.

VII.

Elisa asistió á un concurrido baile de máscaras.

El Marqués tambien asistió.

Ella estuvo bailando toda la noche, porque rendia perenne culto á esa pasion de los pies que se llama baile.

El Marqués estaba contentísimo de verla walsar y polkar frenética con unos y con otros, porque conocia perfectamente los efectos del baile á altas horas de la noche y entre el revuelto torbellino de cien parejas que danzan en una atmósfera de perfume de flores y de luz.

Cuando la del alba hizo á los concurrentes abandonar el salón, Elisa tenia ya relaciones con el Marqués.

Cuando Elisa llegó á casa se arrepintió y se dijo:

—¡Si yo no hubiera bailado!.... Pero ¿qué remedio?... Veremos si Ernesto me da pie para tronar. ¡Seria una infamia dejarle sin razon!

Y se puso á escribirle largamente.

Porque aun tenia amor á Ernesto; al Marqués le tenia vanidad.

VIII.

El regimiento de Ernesto fue destinado á Madrid por segunda vez.

Al pisar las calles de la coronada villa nuestro capitán, se encontró con Félix, amigo suyo y frecuente tertuliano de casa de Elisa.

Era este uno de esos hombres que se parecen por dar noticias, sobre todo cuando son infaustas; así es que al ver á Ernesto no pudo contenerse, y exclamó:

—Chico, siento decírtelo; pero Elisa tiene relaciones con el Marqués de***

—¡De veras! Me alegro con toda mi alma, porque yo también las tengo con una americana millonaria.

Félix se despidió instantáneamente de Ernesto. Estaba ya rabando por participar esta nueva á Elisa.

Cinco minutos no habían trascurrido, y ella estaba ya enterada del nuevo amor de Ernesto.

—Me alegro con toda mi alma, le contestó á Félix, porque yo también tengo relaciones con el Marqués.

IX.

Ernesto salió de su casa á visitar á Elisa, con ánimo de romper. Se vistió con cuidadosa elegancia.

Elisa le aguardaba impaciente con el mismo ánimo.

Se puso el vestido que más le gustó, después de haberlo estado eligiendo.

Se vieron, se dieron la mano, y espontáneamente exclamaron:

—¡Elisa!

—¡Ernesto!

—¡Qué hermosísima te encuentro!

—¡Qué bien te sientan las dos charreteras!

Y se contuvieron.

Se acordaban de la americana y del Marqués, pero con cierto disgusto.

No cesaban de mirarse ni de bajar la vista.

Conocieron el uno y el otro, pero con extraña sorpresa, que se querían como antes de separarse..... pero callaban.

El recuerdo de su mútua defección les tenía como embarazados.

—Elisa, dijo Ernesto con tono lúgubre, me han dicho que galanteas á un Marqués.....

—Y á mí que galanteas á una americana.....

—Sí; pero.....

- Pero ¿qué?....
- Pero..... si..... tú..... no estuvieras..... comprometida..... yo.....
- Sí..... pero si tú no lo estuvieras..... yo.....
- ¿Qué?....
- Nada, porque habiendo perdido tu cariño.....
- No, eso no; hasta ahora que te vuelvo á ver no habia sabido apreciar la fortaleza de la pasión que por tí siento..... pero.....
- A mí me sucede lo mismo..... pero.....
- ¡Sí!.... Pues vayan al diablo todos los peros. Renuncio á la americana, y solo á tí me consagro. La queria por ambicion; pero á tí te quiero por amor.
- ¡Sí!.... Pues peros á un lado. Yo tambien desahucio al Marqués, á quien queria por vanidad, y á tí me consagro, que te quiero por amor.
- Veo con placer que el amor es mas poderoso que la ambicion.
- Y mas que la vanidad.

Jacinto Labaila.

ORIENTAL.

Guarda, Granada, tus flores,
 tus auras y tus jardines,
 tus trovas y tus festines,
 y tu hermosura oriental.
 Guarda tu florida alfombra
 donde indolente dormitas,
 y tus doradas mezzitas
 de arquitectura ojival.

—

Guarda tus perlas de Oriente,
 tus fuentes de blanca espuma,
 tus blandos lechos de pluma
 de aves de colores mil.
 Guarda tus plácidas noches,
 tu luna y tu firmamento,
 y los perfumes que el viento
 roba al Darro y al Genil.

Guarda las hadas y genios
de tus árabes leyendas,
los votos y las ofrendas
de tu vaga religion;
los sueños y los delirios
de tu grandeza y tu gloria,
y el misterio de tu historia,
tu esperanza y tu ilusion.

Guarda tus ricos palacios,
do suspiran tus sultanas,
guarda tus hurís livianas
de peregrina beldad;
que yo en tanto que tú gozas
sin quebrantar mis cadenas,
lloro en silencio mis penas,
mi patria y mi libertad.

Tomás Solanich.

APUNTES

PARA FORMAR UN DICCIONARIO DE VIRTUDES Y VICIOS SOCIALES.

INTRODUCCION.

Para vivir en sociedad y ser apreciado en ella es necesario poseer un sinnúmero de cualidades y circunstancias, sin las cuales se hace difícil el logro de la estimacion y la benevolencia de los demás. Esta es una verdad innegable, así como lo es el que deben evitarse ciertos defectos que desagradan y nos alejan del aprecio general. Sé muy bien que esa reunion de circunstancias nace de tres fuentes distintas: del corazon, de la educacion y del talento. Del corazon arrancan las inclinaciones naturales de cada individuo, su propension al bien ó su tendencia al mal, sus virtudes ó sus vicios; de la educacion dependen las costumbres, que corrigen, suavizan ó cambian las inclinaciones naturales, y últimamente, el talento perfecciona el porte social, acomodándose á las circunstancias, y supliendo lo que falta por parte del corazon y de la educacion recibida.

Ahora bien; de estos tres agentes, el que mas poderosamente contribuye á dirigir nuestra conducta social es el segundo: la educacion. Verdad es que no siempre se consiguen con ella resultados completamente felices si se lucha con el obstáculo de una índole perversa en las inclinaciones naturales, ó con la rémora de una inteligencia exígua; mas es innegable que la educacion es la base de nuestras acciones, y la que guia todas nuestras obras.

Este libro no es un tratado de educacion; esa seria una empresa superior á las fuerzas de quien lo escribe, que no posee la edad, ni la esperiencia, ni el estudio, ni el conocimiento del corazon humano que aquella exigiria.

No es mas que un catálogo razonado de las circunstancias que hacen recomendable á una persona, y las que deben con todo cuidado evitarse: las primeras pueden llamarse virtudes, y vicios las segundas, dando á estas espresiones una significacion lata. Dos, pues, serán sus partes.

I.

VIRTUDES SOCIALES.

A.

Abnegacion. El gusto de las personas á quienes tratamos y con quienes vivimos exige muchas veces el sacrificio de los nuestros. Sin la abnegacion, sin esta renuncia de nuestras inclinaciones, de nuestros deseos y de nuestros placeres en obsequio de los de nuestros amigos, dejaria muchas veces de existir esa grata armonía que debe reinar en sociedad. Este sacrificio proporciona á los buenos corazones la dulce satisfaccion de contribuir á la dicha ajena, que debemos siempre anteponer á la propia. ¿Qué encanto ha de tener la gloria que se adquiere á costa de la ruina de otros? Y por el contrario, ¡qué íntima complacencia resulta de contribuir con un sacrificio de nuestra parte á la gloria de los demás! Hé aquí la abnegacion, antípoda del egoismo, admirable cuanto rara prenda social, que se eleva á la categoría de las virtudes si se procura que no se apereciban de ella las personas en cuyo obsequio se ejercita.

Afabilidad. No basta ser benéfico; es preciso acompañar los beneficios con la afabilidad. Nada hay mas odioso que esos caracteres que no sabiendo dar á sus espresiones, aun á las que les dicta el cariño, la dulzura y el encanto que les presta un carácter afable, pretenden alcanzar la benevolencia de los demás sin trabajo alguno de su parte. Si la naturaleza, al concedernos cierto número de cualidades, no nos ha deparado la afabilidad, estamos en el deber

de adquirirla por nosotros mismos. Especialmente con los inferiores debe usarse de la afabilidad, la cual no excluye la dignidad conveniente, como no son incompatibles el cariño y el respeto que de este modo se logran. El hombre debe aspirar siempre al aprecio de sus semejantes. La afabilidad revela un corazón bondadoso. Hé aquí el secreto de las simpatías que por ella se adquieren.

Agradecimiento. ¿Cuál puede ser el móvil de los beneficios que concedemos desinteresadamente? Sin duda alguna lo es la esperanza de vernos recompensados por el agradecimiento de aquellos á quienes favorecemos. Sin la esperanza de lograr esa recompensa tan justa, difícil seria que se inclinase nuestro corazón á practicar el bien. Por desgracia los hombres olvidan con frecuencia el deber de ser agradecidos. Una serie de amargos desengaños hizo esclamar en su vejez á un hombre célebre: «Tengo muchos enemigos porque he hecho mucho bien.» La ingratitud de parte de aquellos á quienes hemos favorecido nos causa un disgusto profundo, y nos llena de pesar: ¡es tan triste sufrir un desengaño! Un corazón agradecido no puede dejar de abrigar sentimientos nobles. El agradecimiento puede considerarse como una garantía de la honradez. El sábio Chateaubriand ha dicho en una de sus obras: «Una divinidad propicia está siempre al lado de los que no pierden la memoria de los beneficios.»

Agrado. Hasta la verdad es necesario hacerla agradable para que sea bien recibida. Nada es tan preciso en sociedad como poseer ese agrado que insensiblemente cautiva y atrae las simpatías. Se recibe sin repugnancia una reprensión cuando se la dirige con agrado, y quizá el reconvenido saca de este modo mayor provecho de ella. El arte de agradar no se adquiere á poca costa, ni depende exclusivamente el poseerlo de nuestra voluntad, como que forman parte de él, no solo los modales afectuosos y el agrado en la conversacion, sino hasta la fisonomía y el aire de la persona. Las mujeres, por lo general, poseen con mayor perfeccion que los hombres este difícil arte.

Amabilidad. Esta palabra se diferencia tan poco de la afabilidad en su significacion como en el modo de escribirse. La amabilidad puede considerarse como una dote natural; así es que se tiene con la misma razon que se tiene una fisonomía simpática ú otro cualquiera atractivo físico. En este punto como en tantos otros es casi inútil luchar contra la naturaleza y las propias inclinaciones; algo, sin embargo, y aun mucho, puede conseguirse por medio de una educacion que tienda á darnos esta apreciable dote social.

Se observa entre las mujeres que la naturaleza, al adornar á unas con los encantos de la belleza, por via de compensacion, y

como queriendo reparar la injusticia aparente de sus fallos, concede la gracia de la amabilidad á aquellas á quienes ha negado la hermosura. Mientras aquellos nos arrebatan por su belleza, estas nos encantan y seducen por su trato afable y por su bondadosa amabilidad. Esto por regla general, pues la reunion de estas circunstancias y la de una perfecta hermosura en una misma mujer, no es tan rara que no puedan citarse de ella muchos ejemplos. El autor recuerda en este momento algunos.

(Continuará.)

CANTOS DE AMOR.

CANTO PRIMERO.

I.

El ruiseñor exhala su canto entre los mirtos. Su canto agrada; pero ¿qué dice? Compréndelo solo su dulce compañera, porque son sus trinos el himno de su amor.

II.

Yo quiero exhalar mis cantos vagos, inacordes, caprichosos. ¿Qué importa que el mundo no los entienda? Yo no canto para el mundo; como el ruiseñor, yo canto para mi dulce compañera.

III.

Alma de mi alma, luz de mi existencia, ¿comprenderás tú, al través de sus giros caprichosos, el canto del poeta, que no tiene otro sueño que el sueño de tu amor?

IV.

¡Dichosas las aves, que vuelan entre las ramas de los árboles, duermen entre las flores de los prados, y pueden subir hasta las nubes para decirse su amor lejos del suelo!....

V.

Las tórtolas son felices. Unen sus picos—veladas por la sombra de los romeros ó de las vides—unen sus picos, y meciendo galanamente las plumas de su cuello, sueltan el primer arrullo de su amor, suave como el gemido de las brisas.

Y no obstante, el canto de las tórtolas es triste: cantan su dicha, y su canto melancólico y dulce hace llorar al alma enamorada.

VI.

¡Qué tierna y dulce es la última luz del sol cuando va á esconder su faz entre los montes!

Rueda un instante, y el mundo queda oscuro, y la noche es sobre la tierra.

VII.

¡Qué tierna y dulce es tu faz, qué purísima y agradable tu mirada!

Hace poco yo estaba junto á tí, y tus ojos daban á mis ojos la luz del cielo.

Rodó un instante. La oscuridad es sobre mi alma, porque tú no estás ya á mi lado, luz de mi existencia.

VIII.

¿Cuándo volverá el sol? dicen los niños que le ven huir entre las crestas de los montes. ¿Cuándo estaré junto á ella? se pregunta mi corazón; porque tú eres su esperanza, su vida y su luz.

IX.

¡Alma de mi alma! ¡Luz de mi existencia! Yo invoco tu memoria. Te busco dentro de mí, y el recuerdo me enseña tu imagen.

Tus ojos son del cielo; tu mirada es de los ángeles.

X.

¿Me amas?

Tu imagen es muda; tu labio no responde. Una sonrisa y un sonido—que no es dado escribir—ocultan tu pensamiento.

Pero una dulce presión, una tierna mirada me responden.

XI.

¿Y si me engañan?

XII.

La duda es una fea nube que empaña el cielo mas puro, aunque envíe el sol torrentes de luz desde el fondo de los mares.

¡Alma de mi alma, luz de mi existencia! No culpes mi duda: sabe que he sufrido; sabe que he sido desgraciado.

XIII.

Amar á los que son felices , á aquellos á quienes sonrie la fortuna, es amar á la felicidad y á la fortuna.

Amar á los tristes y á los que sufren es convertirse en su alegría y su felicidad; es volver la vista al ciego, la voz al mudo ; es unir al amor la caridad , y la caridad es la virtud de las virtudes, la virtud de Dios.

XIV.

Dame tu amor. Serás mi felicidad y mi alegría ; y el ciego tendrá vista, y el mudo tendrá voz.

Vista para ver en el fondo de tu alma, y contemplar tu imágen, y el sol, y las flores, y las bellezas de la tierra.

Voz para cantar tu amor.

XV.

Y cantaré como el ruiñeñor entre los mirtos.

Mi dulce compañera sabrá solo lo que dice mi inacorde voz.

XVI.

Los que sacan las arenas del fondo de los rios para buscar el oro, distinguen el grano precioso entre muchos húmedos é inútiles.

Distingue tú el grano precioso entre estos cantos , sacados para tí del fondo de mi alma.

¡Yo te amo!

Ese es el sentimiento que inspira mis cantares.....

¡Yo te amo!

Esa es la palabra que en todos se repite , como sucede en los trinos variados del amante ruiñeñor.....

¡Yo te amo!

Ese es el himno que eleva el corazón.

Eduardo Atard.

CORRESPONDENCIA.

Valencia 8 de Enero.

Casi estaba tentada , mi querida Herminia , de faltar á la promesa que te hice en mi última, por el temor de causarte una molestia excesiva con la lectura de mis cartas, que necesariamente ha de interrumpir, siquiera por un momento, vuestros amorosos días.

logos ; pero me ha decidido á cumplir mi oferta la consideracion de que á las mujeres nos está encomendada por ahora la custodia de la exactitud en el cumplimiento de las promesas , cualidad que ha dejado hace bastante tiempo de ser el patrimonio de los hombres. Ya que les hemos robado muchas prendas de su traje, apoderémonos de cuanto les pertenezca.

Seré, no obstante, tambien hoy lacónica; no por falta de tiempo, sino de materia. El amor es asunto que presta mucho; pero hoy no quiero hablarte de los míos.

Las representaciones del Principal continúan tan insulsas como antes , y eso que la Albini canta con mucho gusto , y la Mendez baila con gracia ; la concurrencia es cada dia mayor , mas animada y mas brillante ; verdaderamente es fabulosa la aficion al teatro que se ha despertado en nuestra sociedad. La compañía de declamacion nos regala tambien repeticiones como la de zarzuela ; esta última no ha presentado mas novedad que la de *Los Dos ciegos*, juguete lírico traducido por Olona , y cuya música , esceptuando el *Tango* , carece completamente de gracia. Los cosacos continúan llenando de terror á los habitantes de la aldea de *Catalina*, y de un humo infernal el local del teatro. ¡Qué gente tan feroz! El *vestido nuevo* de Miguel es ya verdaderamente tal , gracias al excesivo uso que se ha hecho del su antecesor.

No puedo hablarte del concierto de la señora de T., porque no me fue posible asistir á él. Segun me han dicho, aunque poco concurrido , estuvo animado y brillante.

El Casino abrirá sus salones en la noche del 14. Pienso llevar el traje de que te hablé el otro dia ; tafetan blanco con cuerpo color de rosa formando punta por delante ; sobre el pecho colocaré un ramo de rosas con hojas verdes , en forma de abanico. Este adorno me parece del mayor gusto. Tengo la esperanza de que las reuniones de este año serán tan brillantes como las del anterior. Para mí habrá en ellas un gran vacío. Faltarás tú, mi mejor amiga.

Nunca podrás olvidarte la que lo es tuya de corazon

Adela.